

ARRAS Y APETAS

SEMANARIO FESTIVO
 DECAÑO DE LOS PERIÓDICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

AÑO III
 Nº 112
 Abril 19 de 1896

chub

PRECIOS SUSCRICION
 MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
 Los mismos precios, en moneda equiva.
 lente, con el aumento del franqueo.
 Número corriente 30 centesimos :: Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS.
 Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
 MONTEVIDEO.

PERSONAJES CÉLEBRES
 DE ACTUALIDAD
 EL NEGUS MENELICK



Wimplane

Ce grand ami de la France
 grande é indomable guerrier,
 nous présentons aquí «manse»
 mais tous saben que es très fier.

SUMARIO

TEXTO—«Silbidos», por Anco Kalio—«Ley general», por S. D.—«Para ellas»: «Luisa» (continuación)—«Voces sublimes», por Nemo—«Menudencias»—«El retrato de hoy» Emilio Zola—«Entre dos fuerzas» (continuación).
GRABADOS—«Personajes célebres»: El Negus Menelik—«Si es por llagas...» por Wimplaine II—«Emilio Zola»—«La Geraldine»—«Solfa alegre» y varios intercalados en el texto por Aurelio Giménez.

SILBIDOS



Pues así, de pronto casi, nos ha salido el Otoño al paso, como nos pudiera haber salido un zarpullido, ó como nos salió don Juan Idiarte el 21 de Marzo.

Porque con los estivales calores ya la gente se iba haciendo á la idea de que no iba á necesitar sobretodo para conservar la existencia propia y del sastre, bastándole con la piel y algunas prendas de desecho de los parientes espléndidos.

Pero he aquí que ya los chicos comienzan á andar con pantalones abundantes en fundillos y en existencia de bencina, denunciando el fatal cumplimiento de la ley de herencia, que condena á ciertos párvulos á ostentar á cada cambio de estación las expropias del papá, viejas pero contrahechas especialmente para él.

Y las personas mayores se dan á enviar á San Juan Bautista y á echar de menos los tiempos en que éste andaba por el mundo cubierto negligentemente con cueros de carnero, por más que, á lo que se vé, vayamos nosotros en camino de andar en cueros al natural dentro de poco.

Pero es que nos sería tan fácil hallar pieles de carnero en cantidad, en un país donde se hacen elecciones con café frío, y Presidentes con berruga!

Dice *La Razón* que ha habido agitación política entre los bordistas de Barriga Negra, donde ha iniciado trabajos el diputado Francisco Vidal.

Por ahí habían de empezar. Por Barriga Negra. ¡Que siempre ha de andar mezclada la barriga en los asuntos de los bordistas!

El coronel Flores, jefe del 2.º de cazadores cayó el jueves del caballo que montaba, mientras iba al frente del cuerpo de su mando.

Vamos, coronel! Que tenga usted cuidado con las caídas ahora.

Porque se dirá lo que decía uno:

—Está visto que los herreristas no se sostienen.

Verdad es que mientras tanto se mantienen, pero esto no se podrá evitar mientras tengan estómago.

Ha llegado por fin la noticia de una victoria revolucionaria en Cuba.

Y es cosa de admirar á cualquiera, porque, á estar á las noticias españolas, era de suponer que los revolucionarios no tenían ya ejército.

Todos los días transmitía la Agencia Havas ocho ó diez telegramas que podían concebirse así de memoria.

«Tuvo lugar sangriento combate en el carserío de Managuana, entre fuerzas leales y rebeldes.

Estas fueron completamente derrotadas con pérdida de 107 hombres. De los españoles falleció uno en la batalla, á causa de una indigestión de ternera frita.»

Y así siempre. Que nadie se explicaba como se las arreglaban los cubanos para hacerse matar en cantidad y al menudeo, y los españoles para no morir jamás en tan sangrientas batallas como se dan.

Que poco faltaba ya para que en cada encuentro aumentara, en vez de bajar, el número de los leales, por generación espontánea ó partos *ad-hoc*.

Pero hay que tener en cuenta que, claro, en Cuba se fuma mucho, como que es la patria del tabaco.

Y de ahí que, para ejercer la afición en grande, se habrán entretenido en *fumarnos* los inmortales soldados de Don Alfonso XIII.

S. E., que había amenazado al ganado y volatería de los Departamentos de Colonia y Mercedes con un nuevo viaje, los ha finalmente indultado, con motivo de su cumpleaños.

Las expansiones del hogar le atraen y no pudo ser.

Que así el corazón retrae al estómago y la familia salva á los inocentes, prontos á ser sacrificados á su voracidad.

Por otra parte, le será fácil á la familia halagar el presidencial estómago aquí, para hacerle olvidar lo perdido allá, porque de fiyo le conocerá ya el gusto.

Como se lo conocemos todos, advertidos por lo que vemos de que Don Juan tiene predilección decidida por los *guisos*.

Rafael Sienna ha hecho una nueva edición de su obra *Llagas sociales*, concluída ya la primera.

Me figuro los diálogos que el libro habrá provocado; como si los viera, todos por el siguiente tenor.

—Pues señor, se han concluído las *Llagas sociales*!

—Dios santo. Después de tantos siglos había de depurarse la humanidad en nuestros días!

—¿Le gustan á usted las *Llagas sociales*?

—No, hombre; qué me han de gustar!

—Se trata de algo de interés palpitante. Figúrate que vengo de casa de Pérez y no ha podido atenderme.

—¿Por qué?

—Porque estaba devorándose las *Llagas sociales*.

—¿Será cochino!

ANCO KALIO.

LEY GENERAL

¿Lees el folletín, Joaquín?
Pues oye con atención y te explicaré el patrón con que se hace el folletín.

Una niña, unos amores, un crimen, la coartada diestramente preparada, con todos sus pormenores.

el que ama la niña, preso por una equivocación; detalles de la pasión que se agigantan por eso.

Un agente judicial con un olfato muy fino, y el verdadero asesino que se descubre al final.

PARA Ellas



LUISA

ESTUDIOS SOBRE LA MUJER

POR E. M. DE LYDEN

(TRADUCIDO EXPRESAMENTE PARA «CARAS Y CARETAS»)

(Continuación)

XI

Cuatro meses después de aquella noche fatal, Luisa estaba convencida de su desgracia, y según la predicción de la juiciosa Mme. Bernard, Mr. Deslandes había hallado una verdadera Mme. Lemaire.

¿Qué había pasado durante estos cuatro meses? ¿Cómo es que Luisa, amada de su marido, no había logrado volver á conquistar definitivamente, más bien á conservar el primer puesto en su corazón?

Es que, ya lo hemos dicho, á Luisa le faltaba energía; es que se había dejado llevar de la apatía en lo concerniente á los cuidados de su casa y de su persona, así como había descuidado esos mil nada que deben embellecer el hogar doméstico, dejándose igualmente llevar de la apatía en el naufragio de su dicha.

Cada día que pasaba, había consignado los progresos de este naufragio; á cada momento la frágil barca se hundía más y más, y la pobre mujer, paralizada por la pena, no sabía cómo conjurar el desastae.

Mr. Deslandes, subyugado enteramente por la coquetería de Mme. Ferrand, se había vuelto su esclavo.

Hemos dicho que Mme. Lemaire presentó su amiga á Mr. Deslandes, á fin de que éste la diera lecciones de música. Dotada de una linda voz, de un físico de los más hermosos, poseyendo en alto grado el sentimiento musical, y siendo ya además un poco música, le fué preciso muy poco á Mr. Deslandes para conseguir su objeto. Este, que era muy conocido, la hizo adelantar bastante con sus consejos; la joven se dejó amar mucho, y concluyó por amar un poco á su vez.

Pero la cantatriz no era mujer que se contentara con este homenaje ilícito. Verdad es que no la asustaban unas relaciones reprobadas por todas las leyes morales y religiosas; pero como esto no satisfacía su orgullo, sus intereses presentes y futuros, resolvió romper y hacer de su amante un amigo,—la cosa más difícil del mundo.

Una circunstancia vino aun á fortalecerla en esta resolución; fué una visita de Luisa.

Hemos dicho que nuestra joven era sumamente débil en los incidentes de la vida común, así como tenía algunas veces, en las grandes ocasiones, accesos de energía que podían compararse á accesos de fiebre.

En uno de estos arranques resueltos, Luisa quiso ver á su rival y pedirle cuenta de su dicha robada.

Este paso no debía ser del agrado de Mr. Deslandes, y probable es que Mme. Bernard no lo hubiese

aconsejado; pero las cosas habían llegado á un punto en que Luisa podía arriesgarlo todo, y Mme. Bernard sólo sabía una parte de lo que pasaba; por un sentimiento de pudor y de dignidad, la esposa vendida había guardado el secreto, ignorado hasta de Mme. Camphrinet. Por otro lado, el profesor, á medida que se fué enamorando, descuidó poco á poco á sus discípulos, y, con el desorden del marido, habíase deslizado la escasez en el hogar doméstico.

Mr. Deslandes vivía más bien en casa de su concubina que en casa de su mujer. Lejos de proceder para con ésta de un modo digno, ocultándole su falta, había poco á poco tomado la costumbre de obrar sin consideraciones de ninguna clase.

Un *no como, no como en casa*, era toda la explicación que daba á sus ausencias, sobre las que Luisa no se atrevía á interrogarle.

Nuestra pobre abandonada poseía entre otras virtudes la economía y el horror á las deudas; y cuando se vió amenazada por la miseria, apoderóse de ella un espanto profundo por lo porvenir; entonces, y sólo entonces, comprendió que cuanto más triste y miserable estuviese el interior de su casa, menos esperanzas tendría de volver á hallar el amor de su marido; así, pues, hizo algunas reformas, despidió á la criada, y la pobre joven se decidió á hacerlo todo por sí misma.

Pero Mr. Deslandes, en vez de apreciar en su justo valor esta medida económica, ofendióse de ella, y creyó ajado su amor propio: no supo agradecer á su mujer el sacrificio que ésta hacía á sus gustos, la violencia que imponía á sus instintos; nueva causa de dolores para Luisa, que se desesperaba y se desesperaba en vano.

Mme. Lemaire, puesta al corriente de las intrigas de Mr. Deslandes, habíase arrepentido lo mismo que su marido, de haber contribuido indirectamente á esta desgracia, y había dejado de ver á Mme. Ferrand; pero tampoco se había atrevido á tomar ostensiblemente partido por Luisa, yendo á buscarla, habiendo recibido ésta tan mal sus primeras visitas.

Luisa se hallaba, pues, entregada á sus propias inspiraciones.

Entonces fué cuando tomó la resolución espontánea de ir á ver á la que odiaba con tanta razón.

(Continuará)



A DIÓGENES HÉQUET.

SOMBRAS!

Ya era tiempo. Caracciolo Aratta silencioso, Rosas mudo, Fernández y Medina callado, nos hacían ya dudar del porvenir de la poesía patria.

Y en medio del silencio, ante las tres liras de ñandubay dormidas, decían los devotos: «¡Dios salve á la poesía!»

No parecía sino que hacía falta quien dijese al ilustre poeta de las *Místicas*, al gran creador de angelitos criollos que al mandato de su voz tocaron por vez primera en los celestes conciertos el violín,

la guitarra y el acordeón; al poeta de los espacios que cantó el primero las nubes gordas y las flacas, al que dió senos blancos como *cuajada* á las chinas: «Duermes, Bruto?»

No dormía; elucubraba. Era sonada la hora y el ilustre vate apercibió la lira y tembló el mundo.

De santa emoción. *Sombras!* se llama la última composición de don Benjamín Fernández y Medina.

Sombras... El poeta está melancólico. Va á cantar en la oscuridad, poético como las lechuzas, esos cantores de la noche.

Veamos la obra:

La sombra, cual la muerte
nuestros pasos siguiendo va muy cerca
y hasta en la claridad del medio día
junto al cuerpo se encuentra.

¡Hemos de decir que este pensamiento, hijo de la inspiración sombría del ilustre poeta es hermoso como un niño inglés, profundo como el Pacífico?

¿Qué más decir, sino que ha sido imitado, plagiado al poeta tres años antes del parto, nada menos que por don Federico Balart, en aquella quintilla que se parece á la del poeta criollo como Zaballa á un pelicano, y que dice:

De ir solos por la vida nos quejamos
á la contraria suerte:
y solos nunca vamos;
que mientras por la vida caminamos
siguiendo nuestros pasos va la muerte.

Y aquí vendría de perilla hablar de esa tan mentada propiedad literaria que consiente que Balart le plagie con tres años de anticipación sus pensamientos á nuestro glorioso poeta.

Pero no lo haremos; que la lira vibrante ahoga nuestra voz. Oid al poeta:

Acaso de la luz es un engendro (*La sombra*)
para hacer más notable su belleza;
es acaso la sombra quien produce
la luz que al extinguirse vuelve á ella.

Admiremos este atrevido paso desde el Olimpo al gabinete. He aquí la transfiguración del poeta; vedle sabio, cantando en rima las sorpresas de la Física recreativa. Más aún, de la Física superior, de la Física sublime, porque esto es el descubrimiento de Röntgen, los rayos catódicos, los rayos negros, los famosos rayos X en verso. Vedlo:

«Es acaso la sombra quien produce
la luz, etc.»

¡Röntgen! ¡Fernández y Medina! Maravilloso consorcio, sublime concubinato de la Ciencia y la Poesía consagrado en una estrofa «cortita, pero!...»

¿Qué falta para reproducir el gran connubio de la Ciencia y la Poesía que simbolizan Fausto y Helena en el gran poema Götter?

Están Röntgen, el *Fausto*, el mundo germánico, la Ciencia, Fernández y Medina, la bella Helena, el arquetipo inmortal de la belleza, la Poesía virgen... ¿Qué falta?

El Peneos, Tempé, la Arcadia, y nacerá Euforion consumiéndose en su propio fuego!

¡Excelsior!
Pero ved ahora con qué olímpico desdén trata el poeta á la prosaica Gramática:

Las sombras de las nubes en los campos
manchas movibles de humedad remedan;
y en el mar, reproducen otro cielo
coloreando las aguas siempre inquietas.

¿Creéis que él no sabe que COLOREAR significa teñir, dar de *colorado* alguna cosa, y que siendo el cielo por lo general azul celeste y no colorado, al reproducirle la sombra debiera COLORAR el mar, es decir, darle *color*, cualquiera que él fuese, y no COLOREARLO, que es como quien dice teñirlo de colorado?

¡Oh! Lo sabe, lo sabe. Pero, querríais que el ilustre vate descendiera de su mundo azul, de la altura infinita donde corren y luchan las nubes gordas con las flacas, donde tocan el violín y la milonguera guitarra los angelitos; querríais que descendiera á recoger menudencias gramaticales que desprecia su erudición Menéndico Peláyica?

¡Majaderos que soís!
Pero he aquí otra estrofa, «dulce como una chimoya do Brazil»:

Tienen sombra los bosques,
sombra que á la arboleda
envuelve en el misterio
donde hay caricias de las brisas frescas

¿Lo véis? Hay sombra, hay sombra en los bosques; está probado! Es un descubrimiento del poeta-sabio.

En su infancia libre ha buscado refugio á los ardores de Febo bajo los árboles, lo ha hallado, y os lo dice. ¿No os enternece esta inocente, cándida, palomil ingenuidad? ¿La hallaríais en otro poeta?

¡Hay sombra bajo los árboles!... ¡Adorable!

En su vuelo las águilas,
cerniéndose serenas,
forman sombra de cruces
con las alas abiertas.

«Forman sombra de cruces con las alas abiertas»... El poeta da alas hasta á las cruces... ¿Qué importa? El lo puede. A fe que si de piedra ó hierro las forjaron no por eso han de volar; y de oro ó plata aún sin alas vuelan, si el dueño se descuida. Pero ved adónde arrastra al poeta el vuelo de su genio, de su genio excelso.

Al potro, cuyos cascos
el suelo siente apenas,
y las intensas crines
al aire dá revueltas,
una sombra acompaña
que por los campos vuela,
es la *sombra* de un símbolo,
de libertad indómita é inquieta

¡El poeta, el animal, las intensas crines (*intensas*... ¡oh atrevimiento del genio!) el suelo insensible, todo esto nos aturde, nos atolondra, nos confunde; pero el golpe final, golpe genial, nos destronca. *La sombra de un símbolo*... El símbolo es una imagen representativa. Dad sombra á una imagen, y alcanzaréis el pensamiento del vate.

Pero no; no lo alcanzaréis nunca; ¿no véis que vuela, con crines y potro y todo?

**

Sombras tienen los trenes
que por las vías férreas
corren acompañados
de manchas paralelas,
que la tierra ennegrecen
y parecen culebra
que se desliza rápida;
y cuando el humo vuela
su sombra va más lejos
y con formas diversas:
coronas y guirnaldas,
fantásticas banderas,
encajes recortados,
ó andrajos que desfleca
el viento y que se esparcen
y ocultan en las yerbas.

¿Lo comprendéis, lo sabéis por fin? Los trenes tienen sombra; también la tienen!

¡Qué bonito! Los trenes corriendo por las vías férreas; manchas paralelas que parecen culebra, porque *culebras*, como lo exigiría la concordancia de número, tratándose de *manchas* daría ya mucho miedo; la sombra del humo con formas diversas... ¿todo esto no os encanta?

Mi voz se cansa de cantar loores. Y la lira sueña aún!... Impotencia horrible!
Oid aun esta última:

Las sombras de los postes del telégrafo
largas cruces semejan
y con sombra de hilos unidas
en infinita hilera,
trazan senda de muerte,
ó regia vía de la gloria excelsa!

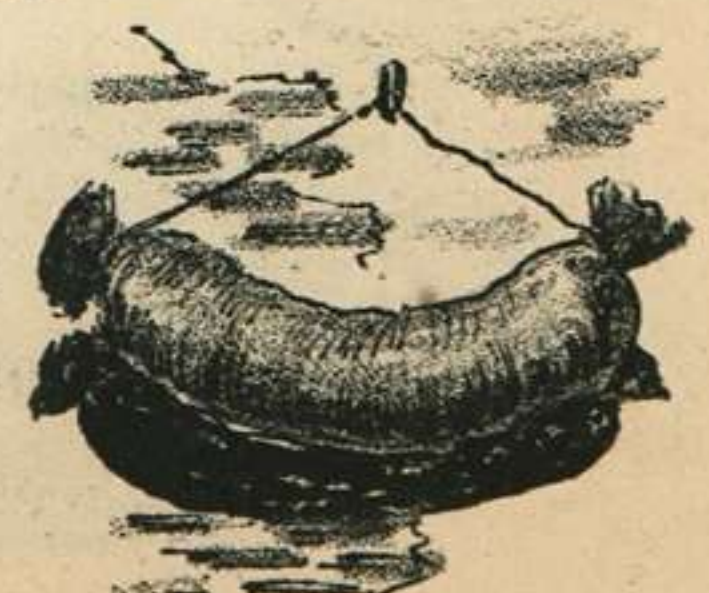
Ved. El inmortal poeta tiene compasión de nosotros. No quiere ahogarnos á bellezas y para rebajar algo á la inmensidad del derroche, suprime una sílaba al tercer verso.

¿Que queda cojo?
¡Vil ralea humana, ignorante é incapaz!
No alcanzáis la proyección maliciosa de ese verso, menguados, indignos de leer á don Benjamín Fernández y Medina!

¡Sí, queda cojo.
Y bien; proyectad la sombra de ese verso cojo. Ahí tenéis al diputado Segundo. Donde solo la mirada de águila del poeta lo veía.

Es portentoso!

NEMO.



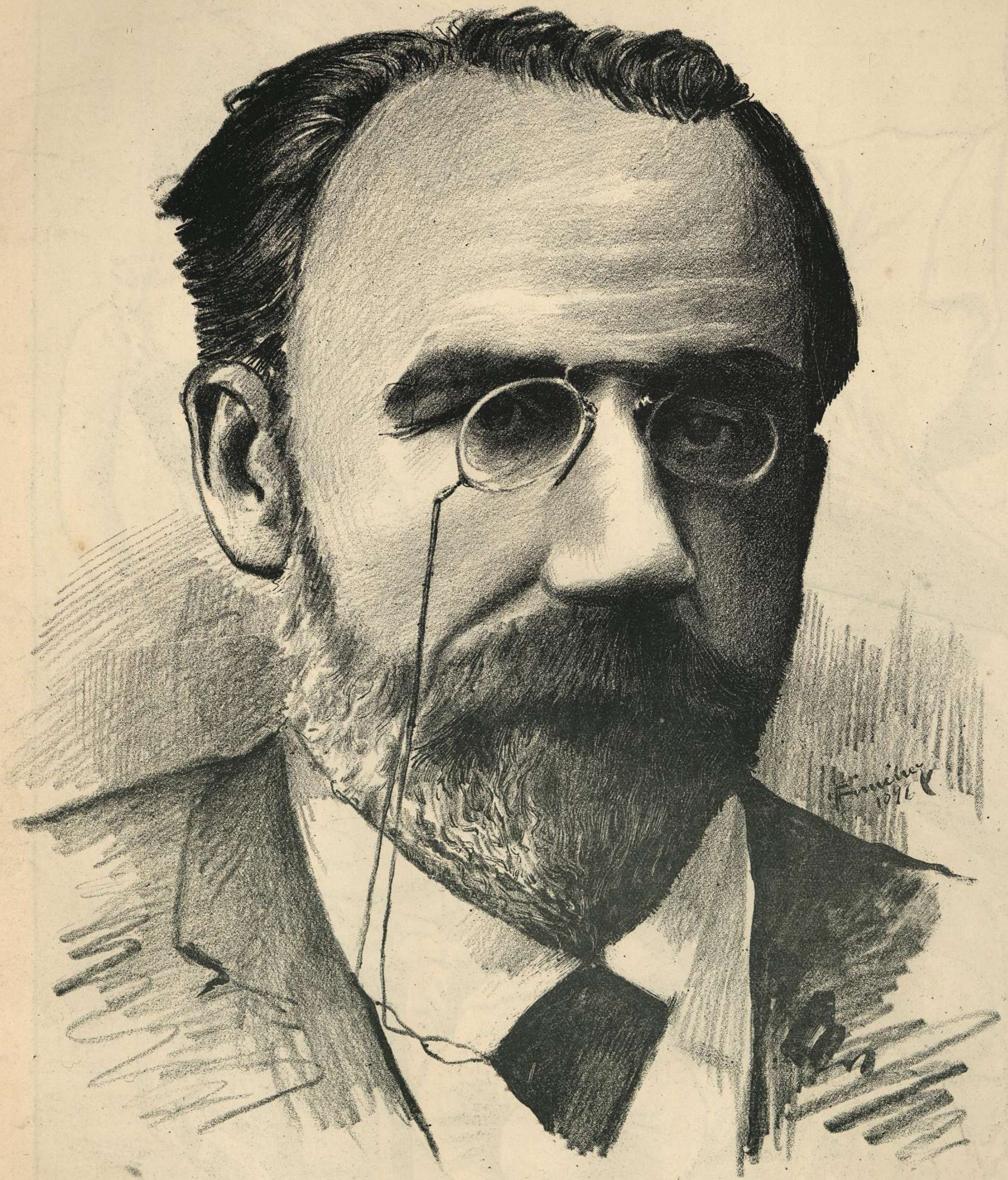
SI ES POR LLAGAS.....

Caras y Caretas



Sierra que
llagas sociales
andurriales
que yo me sé,
limpiar á
Santa Teresa
gritos limpieza
que nadie da,
con raíz
aciones críticas,
llagas políticas
ran al país.

Wimplaine II



EMILIO ZOLA

CARAS y CARETAS

SIN NOVEDAD

Cuando se casó Clemente preguntó al día siguiente por la salud de su esposa, y dijo:—Perfectamente está, como si tal cosa.



Cuenta un colega que los esposos Lodowsky, de Polonia, á causa de un grave disgusto entre ellos ocurrido, decidieron seguir viviendo juntos para evitar el escándalo de una separación pública, pero de tal modo separados en su vida íntima, que han permanecido quince años sin dirigirse la palabra.

Quince años sin hablar han soportado!
Mutismo tal al más pintado aterra.
Si viviera el Lodowsky en nuestra tierra
lo nombraba el Gobierno diputado.

Fe de erratas.

En el número anterior y en *La Juanada*, grandiosa composición épica que se merecía por cierto más respeto, se han deslizado dos errores que me tienen desde el domingo como si me hubiera tragado una espina.

En el verso 40.º columna segunda, han salido gravemente estropeados el Tasso y el verso.

Y para que nadie crea que hemos abrigado un solo instante el criminal propósito de adular la fe de bautismo del glorioso cantor de Sorrento, ni el de matar á algun sér sensible con un verso desatemplado, advertimos á ustedes que donde dice: *Los inmortales cantos del gran Tano*, debe leerse: *Los inmortales cantos del gran Tasso*.

¡Tasso, Tasso! Eso es.

El otro error es de aquellos capaces de asesinar por medio de un síncope cardiaco al señor Ferrer y Barceló.

En el 45.º verso donde dice: *Musa, Musae* MUSARON de las glorias, lean ustedes *Musarum*; porqu leer lo allí escrito, es como reventarle un callo á Cicerón.

Y con esto quede cumplido con el Tasso y con la Musa.

Y sigue el descubrimiento del profesor Røetgen preocupando la pública atención.

Ahora se ha presentado á los Tribunales de Bruselas una bailarina presentando como prueba de la fractura de un tobillo, á fin de hacerse indemnizar por el director del teatro en que trabajaba, una fotografía obtenida según el método Røetgen.

Como se ve, va dando recursos sorprendentes la tal fotografía á través de los cuerpos opacos.

Felizmente, aún no se ha ensayado aquí; de modo que pueden estar tranquilos muchos de nuestros hombres políticos.

Que de otro modo no debían tenerlas todas consigo, porque, pongo por ejemplo:

Si el dicho descubrimiento se aplicara á la conciencia,
¡qué manchas en la de Julio descubriría la ciencia!

No se sabe aún si nuestro querido amigo el ilustrate Fernández y Medina irá en peregrinación á Luján.

Es opinión general que no debe separarse de nosotros el ilustrate vate.

Los hombres gloriosos se deben á su patria.

Y espeluzna suponer que pudiera sorprenderlo en el mar alguna nube gorda de las que él cantó en versos inmortales.

Esperamos que el ilustre poeta prestará oído á la súplica popular.

Finalmente apareció la anunciada acusación de Don Julio el impuro contra el Doctor Giménez. ¡Vamos! Que se le ha despertado al fin la sensibilidad al hombre.

No era para menos. ¡Miren Vds. que denunciarle como socio de un negocio!

Ha hecho perfectamente Don Julio. No debe permitirse que se digan esas cosas que parecen ciertas, porque luego salen otros y dicen más.

Ahora pienso yo: si ha acusado criminalmente al Doctor Giménez porque le ha llamado tan solo socio, ¡qué irá á hacer con Acevedo Díaz, por ejemplo, que lo ha acusado públicamente y repetidas veces de sinvergüenza, vil, concesionario y homicida.

¡Es cosa de espeluznarse!
Por lo que á lo de socio toca, lo peor que tiene el asunto es que se trata de un negocio leonino á todas luces.

Como que entra en él Leonidas Barreto.

El retrato de hoy

EMILIO ZOLA

Toda la historia privada y literaria del gran pontífice del naturalismo es conocida, y no haremos á nuestros lectores la ofensa de suponerles ignorantes de ella repitiéndola.

Literato extraordinariamente discutido, creador de una escuela que domina hoy el mundo literario, autor de una obra gigantesca que ha coronado dando muestras de poderosa energía y constancia, resistiéndose á toda una tradición arraigada á toda la sociedad de su tiempo que se le puso delante, Zola es hoy la figura cuiminante de la literatura francesa.

Es grande; pero, frío, seco, indiferente; se ha hecho admirar, más no se hará querer.

Teatros

Debido al ensayo que para los miembros de la Prensa se efectuó el jueves en Cibils, podemos adelantar algunos datos sobre la compañía Schuman, que debe haberse estrenado con lleno completo anoche.

La corrida por la vida, una de las pruebas presentadas, es absolutamente nueva, (que ya es mucho decir tratándose de ejercicios japoneses) y admirable sin restricciones.

Sin verla se cree imposible. Como no se incendian japonés y cuerda y todo en la *refalada* aquella, es cosa que jamás me explicaré, ni ustedes tampoco.

Hay que ver aquello, porque me figuro que para esto todos han de ser Santos Tomases.

Y que vayan ustedes, que lo merece.

RE-BEMOL.

A. GIMÉNEZ PASTOR

ENTRE DOS FUERZAS

(CONTINUACIÓN)

XIIV

—¿Sabes quién se casa? Delia.

Así lo oyó Mario de pronto, sintiéndolo como una punzada de dolor olvidado.

Era el resultado de toda una conspiración, esta noticia dicha de repente, tiro á boca de jarro que Orfilia y Cora le disparaban, contentísimas de sorprenderle, creyéndolo ya curado.

No hizo ningún ademán, ni se emocionó como él mismo lo hubiera esperado á pensarlo antes, agotado como estaba ya y entumecido el espíritu en aquella lucha á que le arrojara su enfermiza vanidad, su amor propio morboso para servir de centro al embate de dos fuerzas contrarias que habían de destrozarle en su choque

—Que le aproveche. dijo con voz opaca, siguiendo en su tarea de cortarse, demasiado cuidadosamente quizá, las torturadas uñas.

—Me figuro cómo estará ese corazoncito,—agre-



LA GERALDINE

gó maliciosamente Cora, no queriendo que aquello quedara así, sin provocar siquiera una modesta frase de despecho.

Mario se encogió de hombros sin contestar. Recordaba aquellas palabras que le dijera Cora la mañana en que llegó Orfilia de Buenos Aires, aquel *papelón* del amante desdeñado que le pronosticara al oír sus jactanciosas indiferencias de espíritu fuerte, ridículas á su edad, y no quiso que adivinara tras su tranquila apatía de *spleenico* el despecho que le corroía el alma ante aquel resultado de su última victoria de imbecil vanidad, victoria que le satisficiera tanto al recordar cómo había ejercitado enérgicamente el desquite rechazando á su vez con orgullosa crueldad á la mujer vencida.

—Déjalo ché; que quiere hacerse el que no le importa; ¡como si no lo conociéramos! dijo á su vez Orfilia; y pues que no podía sacarse más de él se alejaron riendo, sin figurarse el daño que acababan de hacerle, sin pensar que lleno de desaliento final, quedaba allí mirándolas alejarse, mortificado por el contento que iluminaba sus caras sonrosadas de muchachas felices.

Aquello era su tormento. Aquel avance seguro, incesante de los demás hacia la luz, mientras él quedaba atrás, á solas, envuelto en su niebla de tristezas y dolores, agostado al empezar. La felicidad de los otros que aleteaba constantemente á su alrededor volando de aquellos espíritus jóvenes que se arrullaban á su vista, siempre envueltos en auras de Primavera le hacía daño.

Qué poco les había costado á Orfilia y Daniel ser felices, en tanto que él, más ansioso de amor, no había logrado vivir una hora tranquila en el mundo azul que vislumbrara deseoso, yendo á estrellarse, en alas de su lirismo sensual, contra todos los hielos de la práctica, como mariposa inquieta que se golpea contra el cristal en busca de la ansiada luz.

Porque aquellos eran felices, indudablemente, y esa felicidad lo perseguía con todas sus tan pequeñas como dulces manifestaciones.

Ella lo esperaba contenta, encantadora, con sus lindos vestidos celestes, rosados, pálidos siempre como matices de primavera; él llegaba tranquilo y confiado, llena de plácida seguridad su cara sanguínea y larga de hombre sano, sin inquietudes nerviosas en la mirada serena, poco refinado en su arreglo, como marido seguro ya del amor de su mujer que no recurre á efectos inútiles por innecesarios; llevábale cosas que buscaba para ella, para entreternerla; medallitas traídas de alguna fiesta, en prueba de que la había recordado allí, dulces que robaba en los *ambigús* de tertulias íntimas, contento de hacer aquella inocente diablura de que luego reían juntos; le pedía formalmente permiso para ir aquí ó allá, como marido juicioso, permiso que Orfilia concedía, llena de seriedad su linda carita de esposa joven; por su parte ella le daba chucherías, retazos de género de la bata que llevaba cuando la vio la primer vez, y que luego él mostraba enternecido, llenos de recuerdos dulces sus ojos negro y profundos.

Todas estas nimiedades que antes parecieran á Mario ridículas ó tontas, encontrábalas ahora encantadoras; y los envidiaba, echándose en cara su estúpida monomanía que le había llevado á convertirse en semi-dios altivo junto á las mujeres, cuando era tan hermoso ser niño como aquellos.

Los miraba conversar, siempre plácidos; y en los movimientos de Daniel que extendía el brazo lentamente indicando con un movimiento vago algo allá á lo lejos, adivinaba que hablaban del porvenir; una vez oyó que él la decía, lleno de fruición y ternura: «Mi mujercita.»

Le hacía mucho daño todo esto en medio de aquel vacío en que se hallaba su espíritu lleno de pasión, evocando en él recuerdos de sus escasas horas de amor que le quemaban primero con su vaho de caricias ardientes, le entusiasmaban luego ante la ilusoria esperanza de un renacimiento de la dicha perdida, y lo llenaban por fin de amargura en el desaliento helado que sobrevinía á sus crisis desplomándose en su interior todo un mundo de anhelos juveniles.

Ciertamente no estaba destinado á figurar en un cuadro como aquel, acariciada la pareja feliz por la mirada cariñosa de su madre que veía sin duda allí una hermosa promesa de días de luz.

Sin duda la dicha real, tangible, era para el hombre sano, sanguíneo y tranquilo, fuerte é incombustible en su paz de espíritu práctico; y él, ¡pobre inquieto! atado á las alas locas de su lirismo incurable, devastado por el anhelo de las alturas azules, de los horizontes lejanos había errado el camino, condenándose á sed perpétua, solo en medio de la ruina de todas sus ilusiones, sonámbulo de un sueño imposible.

Quizá conocían esto todos, apesar de sus sobre-humanos esfuerzos para ocultarlo, para no dejar ver la herida que le parecía ridícula á su edad, ahora avergonzado de aquellas pretensiones de hombre experimentado que antes, en esa época crítica de la adolescencia, abrigara como abrigan todos; porque Isabel le contemplaba, tratándole con esa paciente benevolencia con que se trata á un niño enfermo prodigándole cuidados que le irritaban por creer ver en ellos algo de lástima que le hería profundamente en su orgullo cada vez más susceptible, por más que su salud justificara aquellas atenciones.

También había sorprendido á Marcela, la vieja sirvienta, mirándole largos ratos con sus ojos inquietos, brilladores como cuentas, encapotados bajo los añosos párpados, mirándolo con la cortedad de quien vacila en preguntar algo, hasta que, decidida, le decía con voz insegura,

—¿Qué tiene, niño Mario?

—¡Nada, hombre, nada! contestaba él impaciente, disimulando aquella fatiga al respirar que llamaba la atención de Marcela.

Era otra cosa que le tenía irritado, verse así estropeada la salud, enfermo en aquellas circunstancias en que podía atribuirse á efecto de lo ocurrido, tomarse como herida de amor en corazón de romántico de novela, pronto á morir de sentimiento! ¿Decididamente estaba él predestinado al ridículo?

Aquel peso sobre el pecho, obstinado, persistente,

sentido en todo momento, oprimiéndole el alma, le había quedado desde que cayera enfermo, despues del día de las carreras, con una ansiedad constante de respirar alguna vez, una siquiera cómodamente. ¿Qué era aquello? Decían que asma ó capricho nervioso...

Quien sabe; pero ese malestar incesante contribuía á alejarle más de los que vivían respirando libremente aire y juventud y amor en torno de él, de él que arrastraba su tristeza y su fastidio perseguido en todo momento para no dejar adivinar la misantropía hosca de animal enfermo que le empujaba á la soledad.

En tanto todo avanzaba á su alrededor.

Cora tampoco pensaba ya en él. Ella también había encontrado novio, un buen muchacho, manso y fiel, á quien según su propia confesión tiraba de las

SOLFA ALEGRE



FA freddo

orejas cuando se olvidaba de llevarle flores. ¡Y qué alegre estaba! ¡Cómo la había embellecido el soplo del amor esperado llenándole de gracia el rostro feliz!

¿Era envidia aquel daño que todo esto causaba á Mario?

Buscando en la evocación de recuerdos gozes que la realidad no podía ofrecerle ya, encontrando un atractivo melancólico y doloroso en recordar el pasado, solía visitar los sitios ligados á él de cualquier modo, y así una tarde lluviosa quiso ver la casa de Argentina en que se refugiara un día, libre de amores y pesares. Miró tristemente la calle bañada por el agua que caía menuda y penetrante y como en otro tiempo quiso buscar amparo en aquella puerta ahora dominio de desconocidos, indiferente toda la casa á su llegada; pero un perro le acometió ladrando irritado, y tuvo que salir, así espulsado brutalmente emprendiendo silencioso y entristecido la marcha bajo la lluvia que le cubría entero desplomándose sobre sus espaldas, fría y persistente.

Tampoco el recuerdo de Argentina le traía consuelo, ahora que ella, adivinándolo abatido, quebrado, conociendo que aquel semi-dios altivo que la enloqueciera no existía ya en él, se desquitaba de sus desdenes metiéndole por las narices el nuevo amor, su nuevo dueño, hermoso como un Apolo, elegante y atrevido, como les gusta á ellas; fingiendo equivocarse el nombre al llamarle, mientras á doña Armada, según ella á la zazon pedida en matrimonio por dos generales, se le llenaba la boca al hablar de Arnaldo, Arnaldo, como diciendo:

—Este sí que es un nombre, caramba! Digno del que lo lleva, y de Argentina!

Así los últimos recuerdos de aquella época de sus amores se borraban, desaparecía entera dejándolo todo devastado en torno, condenado á oír á aquel gran himno al amor que se elevaba de los corazones jóvenes, envolviéndole á él, que solo y gastado se quedaba atrás, mientras los demás avanzaban contentos y fuertes.

En busca de distracción iba al teatro á veces, pero una noche lleno de tristeza lo abandonó después del cuarto acto de *Mefistófeles*.

Aquel gran canto al amor eterno, que creía ver elevarse allá en el ambiente luminoso y sereno del mundo griego, evocado de pronto con sus pórticos mármóreos y sus colinas azuladas, para presenciar el divino consorcio de Fausto y Helena; aquella oración al tipo inmortal de la belleza, á la diosa de los amores soñados; todo aquel maravilloso choque de dos mundos en un día de luz, consagrado por el misterioso connubio de dos labios jóvenes en una gruta de la florida Arcadia, aquel himno inmenso cantado ante él, ante él olvidado y herido para siempre, le hizo mal; y profunda melancolía y aplastado desengaño le dominaron mucho tiempo.

Así pasó los tres meses más opacos de su vida, rabioso contra aquella pasión que se había enseñoreado de él, estrujándola sin poder sacudirla, arrancarla de allí de una vez.

Ahora, Misia Justa, iba por fin á tener campos, á realizar su sueño de toda la vida, mediante el cuerpo de su hija, porque el corazón, ese no, no era posible que lo llevara aquel joven insignificante que no podía satisfacer las aspiraciones de Delia.

Se casaba! Eso era de esperarse, claro; la conquista, la exhibición del marido era un desquite necesario. Pero aquella noche del casamiento, que Mario esperara confiado en su despechada indiferencia, fué terrible.

Paseando su pieza solitaria de arriba abajo, toda la visión de sus amores se desplegó ante él; días felices, arranques de pasión, horas de ardiente éxtasis, todo lo que aquella mujer le había dado empezó á lanzarle su vaho cálido al rostro.

Y la idea de que ya no era suya, de que ya nada de aquello volvería á sentirlo, cuando con tanto ardor sentía agitarse en su carne el deseo, le puso rabioso.

Todas aquellas ideas de legalidad, de lógica práctica que sostuviera antes, cuando habían de regir sus actos, se venían abajo en aquel momento.

Todo, todo era falso; la ley era el sentimiento y esa ley le aplicaba todo su rigor. Quería vencerse de que ella estaba en su perfecto derecho al proceder como quisiera, que nada podía reprochársele, pero todo en vano.

Los recuerdos de las horas pasadas, dueño de ella, volvieron á caldearle el rostro con su hálito cálido y excitante; volvían á aparecer las caricias ardorosas, los abandonos enervantes de días de verano, la sensación de la carne palpitante entre sus brazos.

Así siguió paseando, el cerebro en febril actividad, la mirada parada. En el reloj del comedor sonaron apagadas una, y dos, y tres horas.

Aquella noche se casaba! Aquella noche se entregaba á otro la que un tiempo fué toda de él; recordaba sus ardores enérgicos, el calor del cuerpo recio junto al suyo, los besos estallantes de deseo, toda la posesión del robusto torso en la medida á él concedida; y se le figuraba ahora revolcándose, convulsa de placer por primer vez sentido, en los brazos del otro; todos los encantos desconocidos revelados al descuido en los rabiosos raptos de ardoroso deseo siempre repetido, buscado saciedad; toda la carne que él había oprimido, palpitando animada entre las manos torpes y temblorosas, allá, en los remansos calientes del revuelto lecho.

Siguió paseándose, devastado por los deseos, las mejillas caldeadas, la sangre hervorosa, la saliva espesa, tremante la carne.

El aguijón del deseo despertaba así rudamente su virilidad, y el reloj dejaba oír sus campanadas entre el rumor que le llenaba el cerebro.

¿Porqué, imbécil, había desdeñado aquel tesoro de pasión y gozes y caricias que se le ofreció de nuevo, ganoso de sentirse oprimido otra vez, estrujado por sus brazos nerviosos, recorridas las venas por fuego de deseos?

¿Qué había sacado con sacudirle su estúpido amor propio, su desgraciada vanidad en la cara?

¿Porqué, imbécil, tonto ridículo, no se arrojó sobre ella, como antes, y se olvidó de todo, de todo, sumerjiéndose en el placer, en la vida que le brindaba sus grandes días?

Y así siguió creciendo su exaltación; le palpaban galopantes las sienas y arrojaba fuego por las narices; la boca reseca como si hubiera pasado un vaho de horno por ella; viendo allá, en un lecho revuelto carnes latentes espoleadas por el deseo, imágenes lascivas, malos ardores; siempre sacudido por los nervios en brutal tensión, la inteligencia velada, caliente la cara, tembloroso el cuerpo, quemadas las carnes por recuerdos candentes; hasta que lleno repentinamente de frío, las extremidades entumecidas, sacudido todo por una vibración brutal, cayó sobre la cama, sin saber ya de él, cuando desde el comedor el reloj lejano cantaba en la calma de la noche la media de las cuatro.

(Continuará)